

La bicicleta de Kashima



Pedro Martín González

Había regresado a Ibaraki en el mes de enero, cuando los días aún son cortos y el frío intenso, aunque en aquella ocasión, afortunadamente para mí, las jornadas no fueron acompañadas de nieve. No obstante, como el invierno es siempre riguroso en aquella Prefectura, el aire cortaba la cara atenazando la respiración y volviendo rígidas las articulaciones, manteniendo guarecidos en sus casas a los pocos habitantes de la localidad, un puñado de hombres y mujeres orgullosos de custodiar uno de los espacios más afamados del Japón espiritual: el santuario de *Kashima*.

El bosque que circundaba aquel templo sagrado era uno de esos lugares mágicos que parecen esconder un secreto. Tal era su espesura que adentrándose en él iban poco a poco desapareciendo los rayos de luz hasta que la foresta terminaba por ocultar el paisaje, una circunstancia que dificultaba la orientación incluso en esos primeros días del año cuando el cielo aparecía de un azul inmaculado y el tímido sol doraba la frente hasta perderse tras el horizonte, algo que sucedía a primera hora de la tarde haciendo que volviera a helarse el ambiente.

Durante las mañanas el paseo se había convertido en costumbre. Después de tomar el desayuno salía a la calle, cubriendo la distancia que separaba mi *ryokan* de la entrada de *Kashima Jingû* en poco más de cinco minutos. Me detenía en el *haiden*, observaba unos minutos a los *kendokas* del *dôjô* contiguo y, de inmediato, me perdía entre los caminos del bosque.

Sabía que cerca de allí, alejado del ruido del mundo, buscando cobijo junto al lugar en el que nació su centenaria tradición, se mantenía en pie un antiguo *dôjô*: el corazón de la escuela de armas *Kashima Shintô ryû*. Veinte años antes de aquella visita lo busqué con ahínco, pero la suerte no me acompañó y regresé a Tokyo más que desanimado. Una nueva oportunidad se presentó aquella mañana de sábado cuando, caminando en el bosque y sosteniendo un debate personal entre la fuerza del pensamiento y el poder de la intuición, advertí la presencia de un joven *budoka* montado en bicicleta que llevaba atado un *bokuto* a la espalda. Después, otros más fueron cruzando delante de mí tomando idéntica dirección. No eran muchos, pero conté, al menos, tres ciclistas. Mi intuición me dijo que eran alumnos del *hombu dôjô* de *Kashima Shintô ryû*. Seguí su rastro, anduve hasta llegar de nuevo al *haiden* y crucé la explanada para salir del recinto. Estaba de nuevo en el pueblo. Volví a preguntar y alguien me indicó, sin mucha precisión, el lugar en el que se asentaba una escuela de *Bujutsu*. Creyendo que mi destino estaba cerca, no pude sino correr a su encuentro, pero de nuevo las cosas no resultaron tan sencillas como pensaba. Iba y venía arriba y abajo, pero nada, en la pequeña y estrecha calle, indicaba algo especial, algún elemento que pudiera hacerme sospechar la presencia del lugar que buscaba, aunque todas las viviendas eran de estilo tradicional y cualquiera de ellas podría haber alojado un *dôjô* como el que tenía en mente. En un último intento volví a preguntar a un vecino que transitaba con parsimonia llevando consigo un periódico entre sus manos. Era Yoshikawa Tsuenetaka, *sôke* de la tradición *Kashima Shintô ryû*, y aquella vivienda, donde le abordé y advertí varias bicicletas aparcadas, no era sino la sede de la escuela. Había llegado al *dôjô* de uno de los *Koryû* más antiguos de Japón.

Entrar en el *dôjô* de una tradición marcial es realizar un auténtico viaje en el tiempo. Un lugar por el que han pasado generaciones de artistas marciales, dónde un número incontable de *budokas* ha dejado parte de sus vidas contribuyendo con su estudio y práctica a la perpetuación de la escuela a la que un día representaron, dónde se han vertido palabras de altura que han pretendido atrapar y dar forma a eso que es intangible y forma parte del mundo sutil, un lugar como este –decía– es un espacio sagrado.

Además de *Kashima Shintô ryû*, había visitado con anterioridad los centros neurálgicos de otras tradiciones marciales de Japón –*Maniwa nen ryû*, *Daitô ryû Aikijujutsu*, *Ogasawara ryû*, *Takenouchi ryû*, *Katori Shintô ryû*, *Takeda ryû*, *Hozoin ryû*– teniendo oportunidad de hablar con los cabezas de cada una de estas escuelas a quienes realicé, una y otra vez, las mismas preguntas que ahora formulaba a Yoshikawa Tsuenataka *Sensei*.

Yoshikawa Tsuenataka es un humilde maestro que ha dedicado su vida a la preservación de la tradición que ha heredado de sus antepasados y representa fielmente en la actualidad. El *dôjô* que dirige está situado en el jardín de su propio hogar. El diseño de la escuela es el característico de otras tradiciones marciales que he podido observar en Japón: construcción sencilla y diáfana con una sola estancia en la que los estudiantes practican sus katas de manera alterna, pues el espacio resulta pequeño cuando se trata de mover armas tan alargadas como la *naginata* o el *yari*, o se desenvaina la espada durante la práctica de *Iaijutsu*

En el transcurso de mi charla con el *Sensei* tuve ocasión de preguntarle acerca de las tradiciones guerreras del Japón feudal, sus orígenes, la importancia del lugar en el que se concibieron, la relación que sostiene el *Koryû* con el santuario, el protocolo de admisión de nuevos alumnos, el sistema de graduación *Menkyô*, las enseñanzas esotéricas, tan atemporales como fascinantes para cualquier estudioso del viejo *Bujutsu*, la actualidad de estos antiguos sistemas, su razón de ser en el mundo moderno o la valoración social que tienen como partes que son de la cultura de su país.

En algunos círculos se considera que las tradiciones marciales medievales carecen de ese componente espiritual que, presumiblemente, sí acompaña a las actuales formas de *Budô* originadas a partir del período *Edô*: *Aikidô*, *Kyudô*, *Judô* o *Karate-dô*. Se sostiene, además, que ambos conceptos son antagónicos y que esto es debido a sus diferentes filosofías: un trasfondo que sitúa al *Bujutsu* en el terreno de la practicidad, y al *Budô* como un arte que ha superado el objetivo de lo inmediato, trascendiendo la técnica y posicionándose más allá de ella: en el desarrollo de la personalidad del estudiante. Además, se pretende hacer del *Budô* un defensor de la no-violencia, el pacto y la educación. Frente a ello, el *Bujutsu* es señalado como poco evolucionado espiritualmente; restringido al ámbito de lo exótico; atrapado en registros atemporales ya superados por los avances científicos y el pensamiento racional; cuajado de elementos técnicos nada sutiles, de estrategias de combate que no hacen sino evocar un hostil periodo de guerra afortunadamente superado.

En mi opinión, todas y cada una de las consignas que defienden para sí las formas modernas de *Budô* pueden también observarse en el seno de las tradiciones medievales: educación integral, valores humanísticos, cultivo espiritual. Añado, además, otros aspectos que son difíciles de advertir en nuestra actualidad, pero que forman parte de la esencia de un *Koryû*. Son estos: solidaridad, sentimiento de pertenencia, lealtad, no competitividad, regularidad moderada, aprendizaje de largo recorrido, relaciones equilibradas entre los miembros del *ryû*.

En efecto, el *Bujutsu* se implica en el entorno, forma parte del lugar donde fue concebido, refuerza sus lazos con el santuario que le ampara y cobija, mantiene viva la tradición cultural como patrimonio del país y la transmite a las nuevas generaciones desde esa perspectiva, es selectivo en su admisión, prefiere el contacto directo, se siente cómodo en los grupos reducidos, opta por la enseñanza sosegada y medida y, en cierto sentido, huye de la publicidad y del ruido del mundo.

Los *Koryû Bujutsu* son más participativos, empáticos, mundanos y realistas. Los *Budô* son más introspectivos, individualistas e idealistas. El *Bujutsu* defiende con mayor vehemencia lo social: familia, comunidad, país. El *Budô* dirige su trabajo hacia la hondura interior: autoconocimiento, desarrollo individual, realización personal, conciencia de uno mismo.

En relación al espectro de alumnos que forman parte de uno u otro, los *Koryû* se enseñan en grupos reducidos mientras que los *Budô* se han extendido por todo el mundo y forman asociaciones, federaciones y confederaciones. Al no considerarse deportes, los *Koryû* no participan en competiciones ni torneos, al contrario de lo que sucede en el terreno de los *Budô* donde todas las artes que forman parte de él tienen variables deportivas que sí realizan este tipo de eventos, incluidos el *Aikidô* –estilo *Tomiki*- o el *Kyudô*.

Otro de los aspectos más característicos de las formas *Koryû* son los sistemas de gradación, una particularidad que nos hace pensar que esa motivación, que supone obtener un grado *kyu* o *dan*, que sí aparece en los *Budô*, es inexistente en *Bujutsu*. Un practicante de un *Koryû* puede estar diez, quince, veinte años, o toda una vida, sin recibir acreditación alguna, estudiando su arte por puro interés y placer. En este sentido, el *Budô* se ha adaptado más y, tal vez con mayor inteligencia, a los tiempos modernos, unos tiempos en los que es necesario recibir certificaciones, diplomas o titulaciones que acrediten capacidades y grados, un hecho que, en gran número de ocasiones, tiene una finalidad, y ésta no es otra que el mercado de nuestro Arte, la compra y venta de unas tradiciones que han sabido mantener su vigencia durante siglos sin exponer sus enseñanzas a la vorágine del consumo.

Desde mi punto de vista, el *Bujutsu* no está en inferioridad de condiciones con respecto al *Budô* moderno, no solo desde la perspectiva filosófica, tampoco desde una óptica humanística, educativa o espiritual.

No obstante, si esto es así para una parte sustancial de los grupos de opinión que desarrollan su labor en el contexto de las Artes Marciales, yo me quedo con la visión de aquellos jóvenes ciclistas que un día a la semana –como sucede en otras tradiciones- cruzaban el bosque del santuario de *Kashima* para llegar, como lo

habrían hecho sus padres y los padres de sus padres, al *dôjô* de Yoshikawa Tsuenataka *Sensei* y, una vez allí, cruzar respetuosamente el umbral de la historia, entrar en un mundo donde aún laten los valores caballerescos, donde existe el compromiso firme, cumplimentado, jurado y sellado, donde la recompensa de la práctica consiste en el hecho de realizarla, donde se atesora una forma de cultura que educa y construye, sintiéndose, en ese contexto sencillo, nada tumultuoso, nada estridente, como auténticos *budokas*.

Y todo ello sucede, desde hace quinientos años, bajo el paraguas de *Kashima Jingû*.

Kenshinkan dôjô 2021